

7-11 años

COLECCIÓN
Caminos del SUR

serie
El gallo pelón

Gladys Urbina

Ayá

y sus historias de
fantasmas

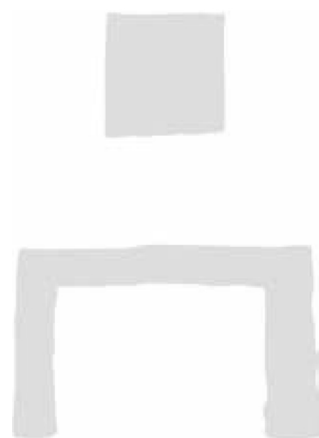
Ilustrado por Anthony Fernández

República Bolivariana de Venezuela

Fundación Editorial



elperroylarana



Arya

y sus historias de
fantasmas

© Fundación Editorial El perro y la rana, 2017 (digital)
© Gladys Urbina

Centro Simón Bolívar.
Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 7688300 / 7688399.

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana
Twitter: @perroyranalibro

Diseño de colección: Mónica Piscitelli

Ilustraciones: © Anthony Fernández

Edición: Alejandro Moreno

Corrección: Daniela Moreno y Ninoska Adames

Diagramación: Mónica Piscitelli

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2017002679
ISBN: 978-980-14-4015-4



La redistribución, comercial y no comercial de la obra,
siempre y cuando se haga sin modificaciones y en su
totalidad, con crédito al creador.

Colección Camino del Sur

Hay un universo maravilloso donde reinan el imaginario, la luz,
el brillo de la sorpresa y la sonrisa espléndida. Todos venimos de ese territorio. En
él la leche es tinta encantada que nos pinta bigotes como nubes líquidas;
allí estuvimos seguros de que la luna es el planeta de ratones que juegan
a comer montañas, descubrimos que una mancha en el mantel de pronto
se convertía en caballo y que esconder los vegetales de las comidas raras
de mamá, detrás de cualquier escaparate, era la batalla más riesgosa.
Esta colección mira en los ojos de niños y niñas el brinco de la palabra, atrapa
la imagen del sueño para hacer de ella caramelos y nos invita a viajar livianos
de carga en busca de caminos que avanzan hacia realidades posibles.

El gallo pelón es la serie que recoge tinta de autoras y autores venezolanos;
el lugar en el que se escuchan voces trovadoras que relatan leyendas de espantos
y aparecidos de nuestras tierras, la mitología de nuestros pueblos indígenas
y todo canto inagotable de imágenes y ritmos.

Los siete mares es la serie que trae colores de todas las aguas; viene a nutrir
la imaginación de nuestros niños y niñas con obras que han marcado
la infancia de muchas generaciones en los cinco continentes.

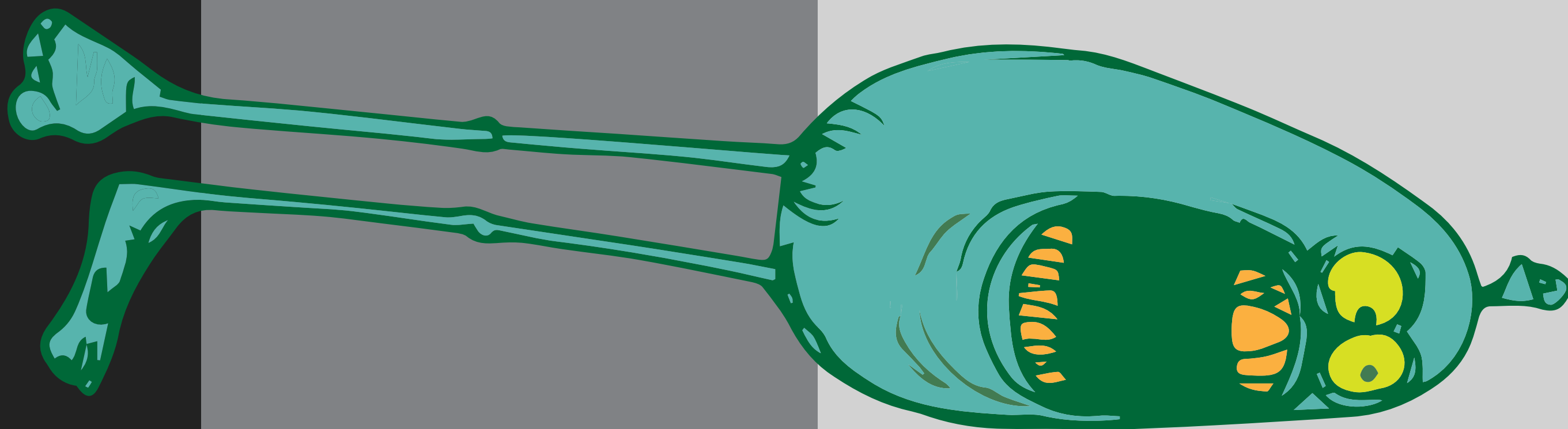


GLADYS URBINA

Aiya

y sus historias de
fantasmas

Ilustrado por Anthony Fernández



*A mis sobrinos Carla Sophia, Joscar Alejandro,
Francis Valentina, Moisés Daniel,
Valery Sophia y Taisbeth Denitce,
porque sus travesuras en estos cortos años
se mezclan con los cuentos y juegan,
y cantan, y forman estrellas de colores,
y se balancean en columpios de letras...*



← La ciudad anaranjada →

Cerca de mi colegio hay una ciudad anaranjada. Al llegar a la reja, la miro. Fui yo quien descubrió que en tan menuda redondez existían tantos habitantes. Las casas tienen muchas divisiones y sus habitantes están sumergidos en un líquido ácido y dulce a la vez. A veces creo que no son casas sino mujeres muy gordas o embarazadas de muchos bebés.

Un día entraron mis dedos allí y saqué a todos los habitantes. Los llevé a donde vivo para que construyeran nuevas casas.

He visto cómo mi tío Juan, en su finca de Barlovento, prepara la tierra e introduce a todos los de la ciudad; después ellos crecen y se convierten en gigantes verdes, luego, unos magos y fantasmas que vienen de las nubes encienden sus varitas y, en poco tiempo, se forman nuevas ciudades.

Cada vez que le cuento esto a la maestra se queda pensando un rato y no me cree, hasta que abro mi morral, pesado como un camión, y saco otra ciudad anaranjada, quiero decir, mandarina, entonces comprende y se ríe, y comienza nuevamente mi viaje a la ciudad anaranjada.



Mi bisabuela Zara

Mi bisabuela Zara es grande como el cielo, con ojos de chocolate y canto de pájaro. Todo el tiempo se ríe, y hace que también yo ría, me hace cosquillas en los pies, juega con todos los animales que consigue a su paso. En las noches nos sentamos a contarnos historias de fantasmas, ella en su mecedora tejida y yo en mi cojín de gato tigre.

Hablamos de Elmetrio, el globo con patas largas que aparece escondido detrás de las matas de maíz en el conuco de mi tío Juan.

Confieso que nadie sabe de mi amigo el globo, solo ella y mi prima Acacia. Mi mamá no lo cree porque nunca lo ha visto, dice que tengo amigos extraños por todos lados.

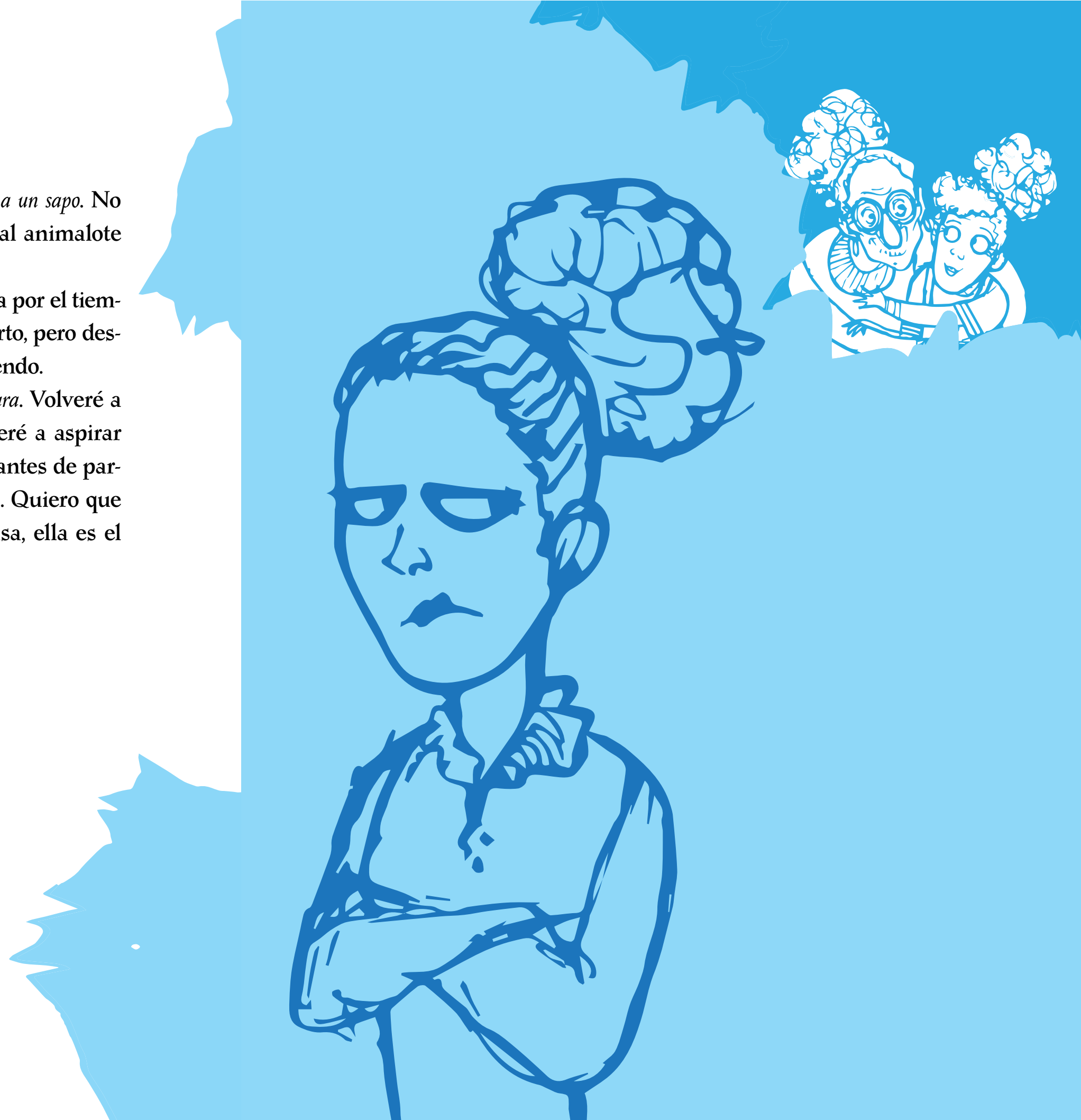
¡Si mi mamá leyera los cuentos de espantos y aparecidos, esos que venden por ahí, me creería todo lo que le digo!, pero mejor ni se lo comento, porque cuando sepa que existen seres llamados “encantados”, no me va a dejar bañar más en los ríos claros de Cumaná y Barlovento en vacaciones.

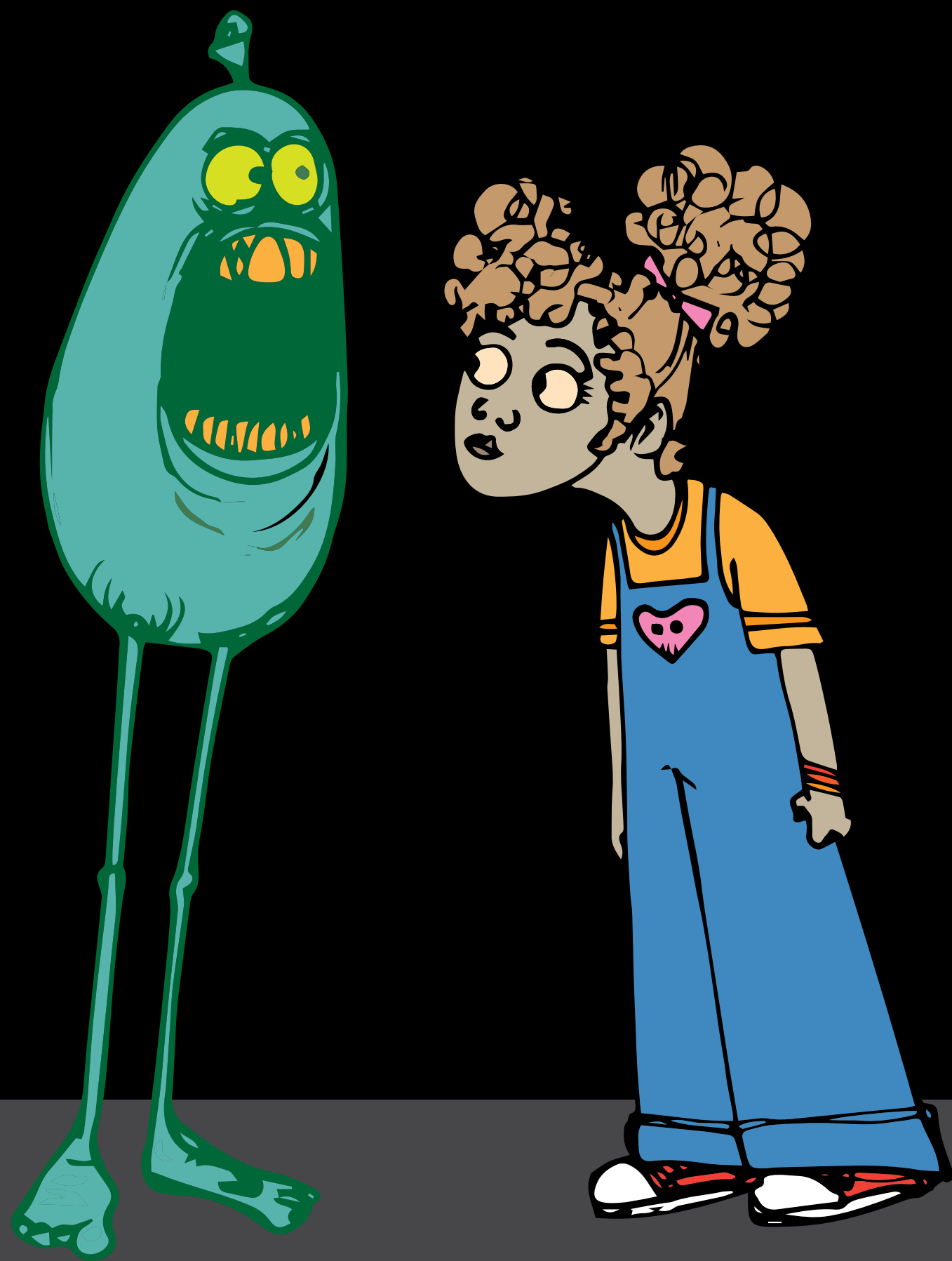
Dicen los adultos que esos seres poco visibles viven en los pozos azules; desde allí salen a pasear por la orilla, y se hacen pasar por seres humanos para llevarnos a las profundidades.

Tampoco le diré que leí el cuento *Cómo besar a un sapo*. No puede descubrir el plan que le tengo preparado al animalote sudado que se pasea cerca del lavandero.

A veces, mi mamá se pone triste y hasta celosa por el tiempo que paso con mi bisabuela encerrada en su cuarto, pero después se queda quieta cuando entra y me ve escribiendo.

Mañana seguiré con el cuento *Mi bisabuela Zara*. Volveré a sentir a mi bisabuela, tocarla con mis ojos. Volveré a aspirar su perfume de flores de campo, recordarla como antes de partir hacia las estrellas. Abrazaré fuerte a mi mamá. Quiero que sienta que, aunque escriba un cuento para mi bisa, ella es el tesoro más grande que tengo.





Elmetrio, el globo con patas

Cada vez que voy a Barlovento en vacaciones y visito el conuco de mi tío Juan, un bicho extraño me recibe. Se esconde detrás de las matas de maíz y desde allí me mira. Tiene cuerpo de globo, con patas largas, ojos del tamaño de dos limones y boca grande como el plato donde me sirven la sopa.

—¡Mamá, ahí está Elmetrio! Tiene miedo, creo que piensa que tú lo vas a espantar.

—No lo veo, Anya, hija. ¿Dónde está? —mi madre nunca lo ve.

En las noches muestra sus enormes dientes, como los de un caballo, y su cuerpo redondo abraza las estrellas. La gata lo observa, sé que lo hace porque no aparta la mirada ni por un momento de donde él está.

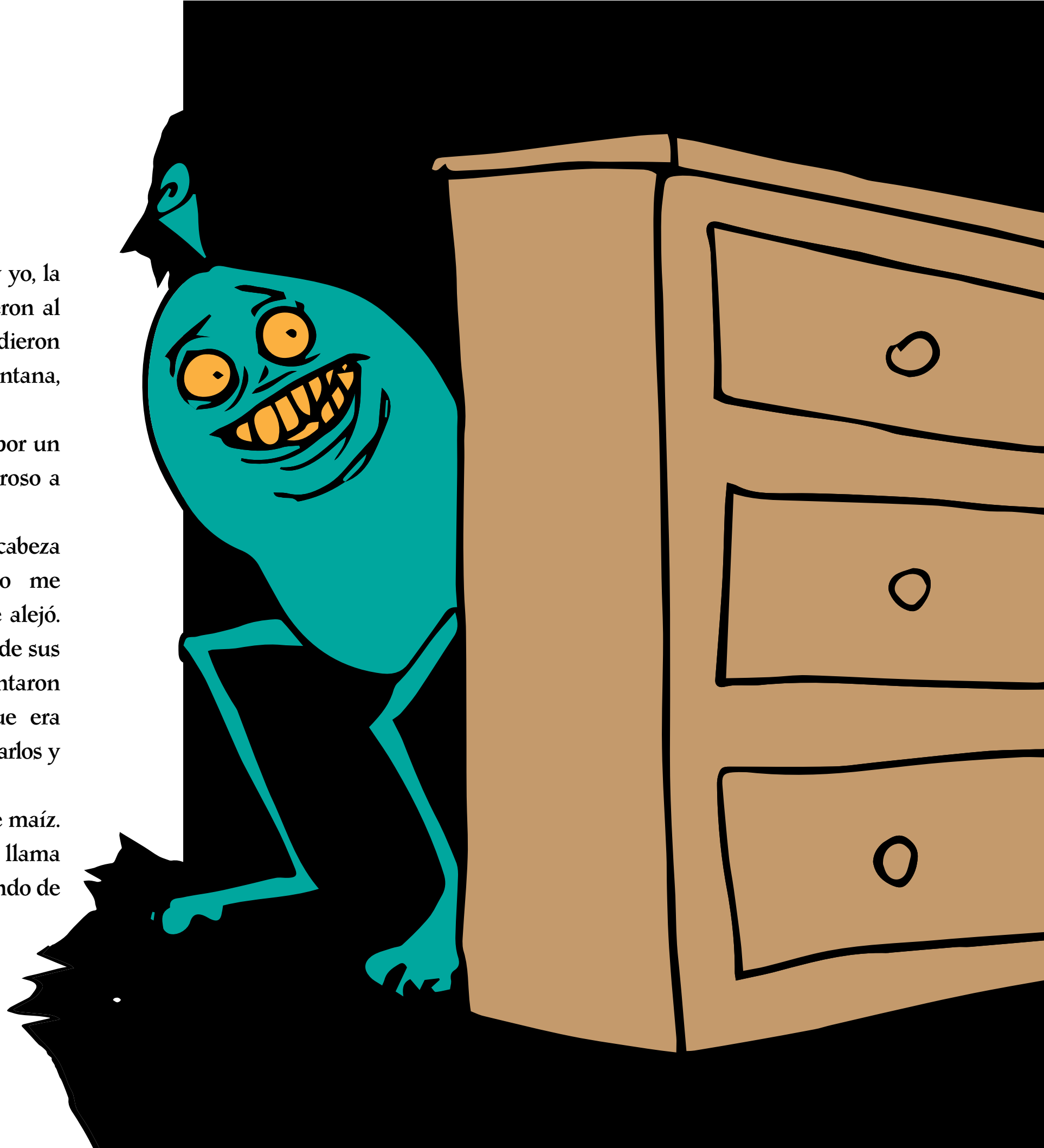
Una mañana soleada, en las aguas del río, observé su cara: me sonrió, sus ojos crecieron como dos naranjas; para nada me asusté, mostraban alegría. Una vez escuché decir a los adultos que los fantasmas son malos. Es mentira, Elmetrio no lo es.

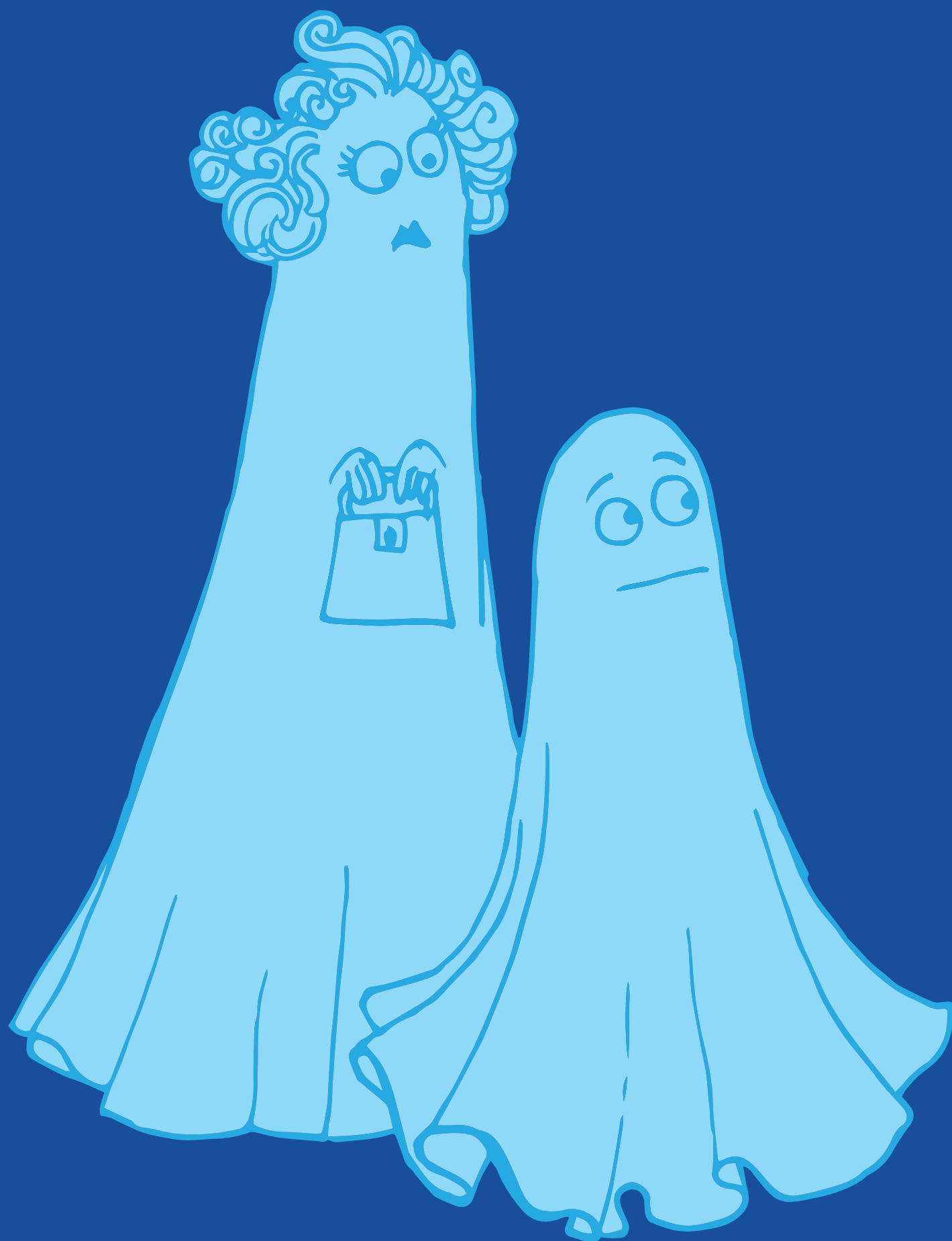
Una noche, mientras dormíamos mi prima Acacia y yo, la brisa movió las cortinas, las muñecas y los lápices cayeron al suelo. Mi mamá y mi abuela entraron asustadas y encendieron la luz, Elmetrio se escondió, había entrado por la ventana, después desapareció. Esa fue la última vez que lo vi.

Tuve un sueño hermoso con él: ese día me llevaba por un largo camino lleno de árboles floridos como lazos y oloroso a piña madura.

Reí mucho durante ese paseo, él me cargó sobre su cabeza mientras me contaba historias de fantasmas; luego me sentó en una piedra dorada cerca de un pozo azul y se alejó. Enseguida, en esas aguas, fueron apareciendo animales, de sus bocas salían cintas de colores formando arcoíris. Se montaron después en un gran globo. Estoy casi segura de que era Elmetrio que expandió su cuerpo como chicle para trasladarlos y protegerlos.

Mi mamá a veces nombra al gigante de las matas de maíz. Yo le digo que es verdad, que no es mentira. Mi perro se llama Elmetrio. Cuando ladra y muestra sus dientes viajo al mundo de pájaros amarillos que guardo en mi corazón.





Anya, tras la pista de padres ausentes

Mi papá es el hombre más cariñoso del mundo. De no haber sido por él, yo no habría nacido; aunque, sin mi mamá, tampoco. Por ellos estoy en este planeta.

De otra forma, tal vez fuera una rana (aunque a veces me llaman así por mis piernas largas y flacas), un pez o un fantasma, pero una rana, un pez y un fantasma tampoco nacerían sin papá y sin mamá.

Hablando de fantasmas. ¿Dónde vivirán? ¿En el agua? ¿En el aire? ¿En la tierra? ¿En el fuego?

Casi siempre andan solos. ¿Será que se les escapan a sus padres?

La primera vez que vi a Totu, el fantasma azul, estaba con una mujer también azul, posiblemente era su mamá.

La maestra Irma dice que los grandes deben respetarse para que nosotros los niños y nosotras las niñas tomemos su ejemplo.

Cuando vuelva a ver al fantasma azul le preguntaré por su papá, quizá me diga que se fue; en ese caso, anotaré su nombre

en la libreta de apuntes donde llevo los controles de padres ausentes.

Lista de los niños, las niñas, los animales, los fantasmas y otros que se quedaron solos con sus mamás porque sus papás quisieron irse a vivir a otras casas:

✓Mimi grande y Mimi pequeña, las tortugas de la señora Maritza.

✓Nerón, el perro del señor Pepe.

✓Joselisa, mi amiga más pequeña del colegio.

✓Julio Miguel y Acacia, mis primos.

✓Cloe y Cocó, los pollitos de Catalina (a su papá, el gallo Wilson se lo llevaron a una pelea y no regresó. En este caso, el gallo Wilson se alejó de su familia sin habérselo propuesto).

✓El becerrito Jacinto (a su papá Chonco se lo llevaron a una corrida).

✓Totu, el fantasma azul.

✓Anyá, la niña traviesa, es decir, yo...

Mamá dice que hay una epidemia en el planeta de niños y niñas sin padres.

Cuando sea grande trabajaré seriamente en esta situación. Investigaré por qué se separan los humanos y por qué hacen que los animales también se alejen de sus seres queridos. Haré, además, una píldora de verdad para que los padres cumplan las promesas de amor eterno.





Klim, el zapatero

A mi mamá le gusta visitar al señor Klim, el zapatero. Todo el tiempo le lleva sus zapatos a reparar. No sé por qué se le dañan tan rápido. Siempre que voy a su casa me escondo detrás de la cortina del cuarto donde trabaja, y ni se imaginan lo que veo. Coloca todos los zapatos sobre una mesa, luego, con su martillo de chupeta gigante, les dispara tachuelas y clavos en forma de estrellas de colores. Como si tuviera poderes especiales, en menos de dos minutos están listos.

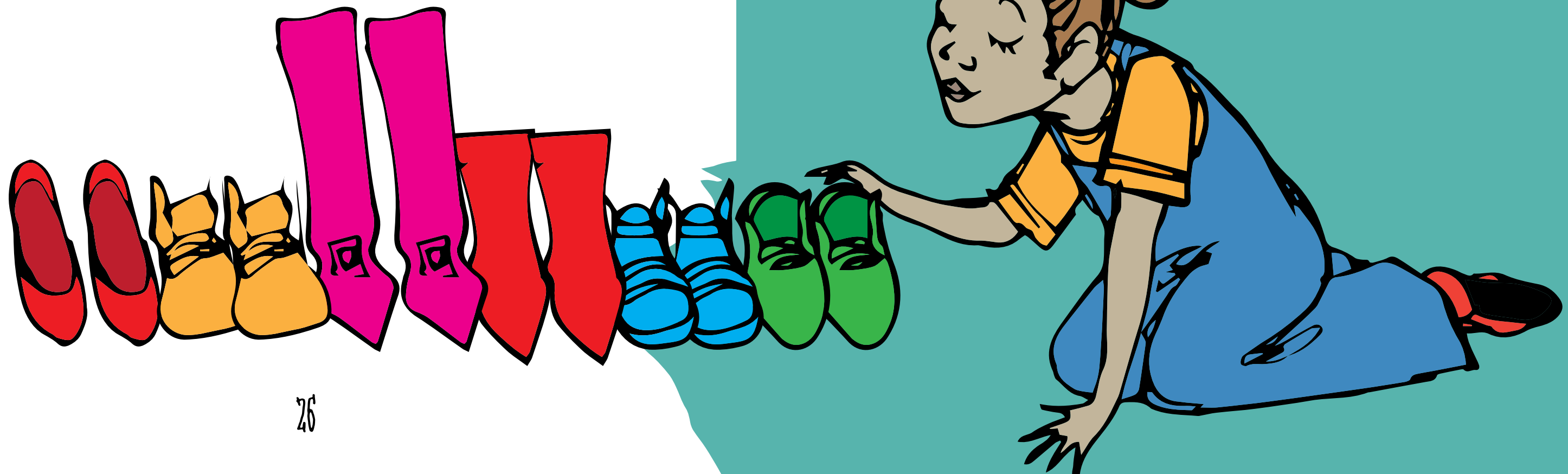
Se queda quieto, sin salir de su taller por un buen rato, dando tiempo de que mi mamá crea que los está arreglando normalmente. Pero antes, se cambia la camisa verde que usa para trabajar y sale con un traje gris. Hace desaparecer su barba larga y después se inclina, toca el suelo con sus manos para dar gracias, gira su cabeza, se sienta en sus talones y pronuncia unas palabras rarísimas como si fuera chino o japonés.

Aprovecho ese momento para correr hasta la sala y sentarme al lado de mi mamá; casi enseguida se acerca, le entrega los zapatos, nos acompaña hasta la puerta y le ofrece unas flores pequeñísimas que saca de su bolsillo. La última vez, cuando le

entregó los zapatos a mi mamá, ella le dio una bolsita de seda amarilla. Se miraron con los ojos sudados, como los de un elefante. Él abrió el paquete y sonrió. Tal vez adentro estaban los chocolates que no vi más en la cocina.

Me escondí para observarlos. Tomó sus manos, se las besó. Mi mamá se puso roja, del color del cabello de mi hermano Serafín. Hice que me viera. Klim colocó sus ojos verdes grandísimos sobre los míos y me guiñó el izquierdo. Lo miré seriamente, tomé a mi mamá por un brazo y la arrastre lejos de él.

Hace tiempo que no le rompo los zapatos a mi mamá, como cuando lo hacía con la excusa de visitarlo. Ahora más bien se los protejo, les coloco clavos imaginarios. No quiero que volvamos a ver más nunca a ese besucón zapatero.





Groenco, el gigante

(cuento para mi hermano Serafín)

Llevo muchos días escribiendo historias de cangrejos, casas negras y mangos olorosos, y esas historias se transforman hasta en planetas, como es el caso de esta que les voy a contar, y cuyo protagonista es mi hermano Serafín.

Había una vez y millones de veces más, un lugar brillante, más allá de las estrellas, donde muchos animales celebraban sus movimientos. De repente zuas, zuas, y más zuas..., dos ratones, llamados Verde y Azul, dieron la bienvenida a mis ojos, bajando con sus patinetas por una calle inclinada. Sus voces saltaban como pelotas rebotando en el suelo, y dos luceros rayados en forma de caras de gatos los alumbraban desde la distancia.

Rosada y Magenta, dos cucarachas cariñosas que le seguían en diminutos carruajes con sus alas abiertas, cantaban himnos de alegría. Detrás de ellos otros animales formaron la carrera más grande de los siglos.

Cuando terminó el evento, todos se reunieron a comer. La mesa la formaban dos troncos de árboles secos rodeados de flores que volaron en picada para estar presentes también en esta celebración. Amarillo, el tigre, dio la orden para acercarse a comer. Las frutas bien vestidas esperaban que los mordiscos penetraran sus cuerpos para reírse por las cosquillas. La cochinita Violeta se encargaba de preparar los manjares y servirlos. Comieron y durmieron la siesta.

En este planeta solo existía un hombre, llamado Groenco Serafín. Era alto, de músculos y tendones grandes, de barba abundante, ojos de cangrejo, cabello rojo y largo en forma de púas, manos gruesas y con siete dedos en cada una, de pies como patas de tigre, pero gigantes. Solo pronunciaba dos palabras: MO para decir sí y mostrar agrado, y JA para decir no.

Una tarde, ese hombre grande apareció debajo de un árbol donde reposaban los animales. Todos se sorprendieron al verlo. Los gusanos y las serpientes alzaron sus cabezas. Verde y Azul, los ratones, quedaron paralizados como dibujados en las páginas de un cuento. Rosada y Magenta, las cucarachas, se escondieron debajo de las hojas secas. Anaranjado, el pájaro carpintero, ahogó su canto con la sorpresa.

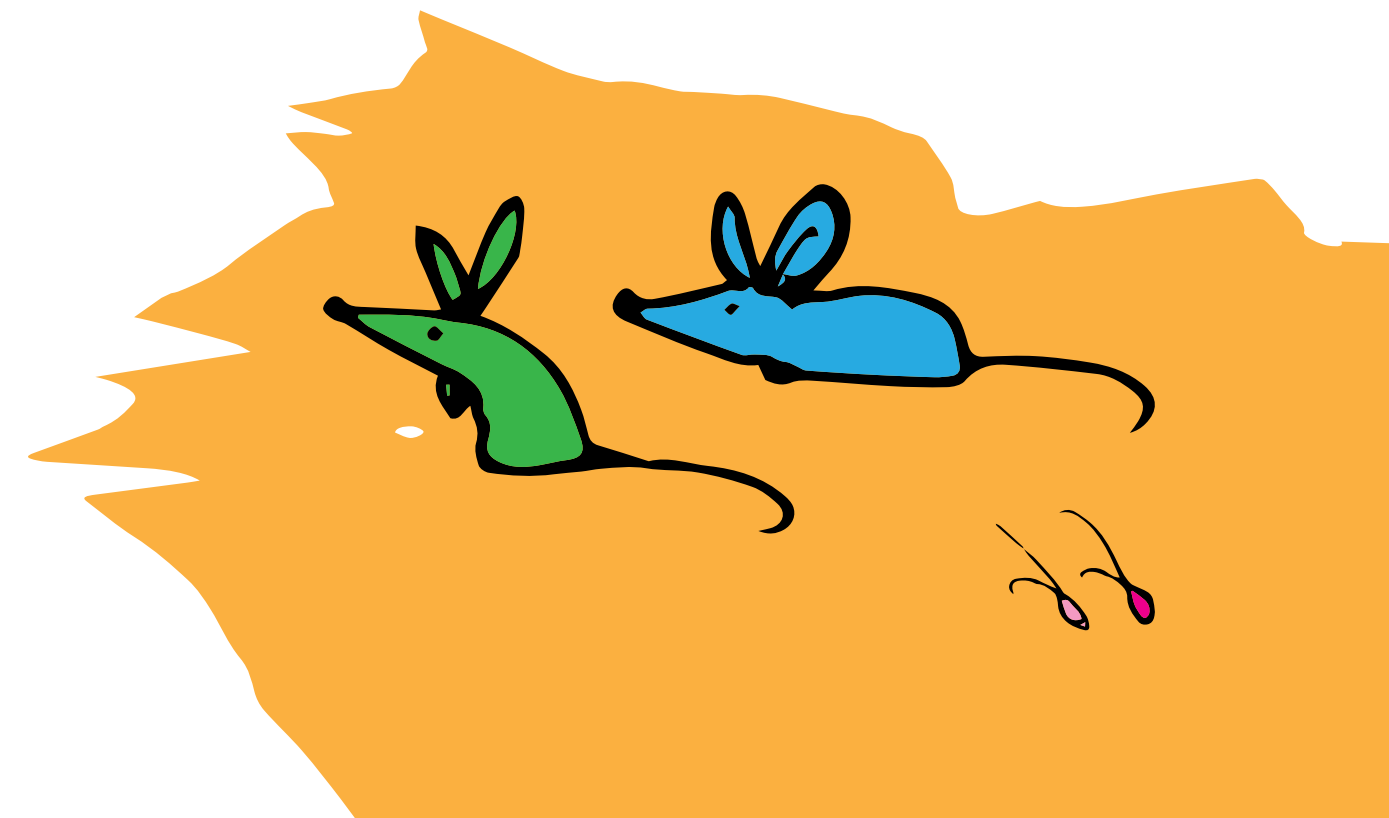
La familia Marrón y Negro, formadas por bachacos y hormigas, se pusieron de acuerdo para cubrir el cuerpo del hombre, sin miedo alguno. Entre muecas y monerías, Gris, el mono, no pudo calmar sus movimientos. Groenco Serafín lo

miraba y reía a carcajadas. La familia Marrón y Negro a pesar de ser pequeños alejaron al gigante.

Todos pasaron la noche sobre el bucare. En la mañana siguiente, el gran hombre impresionado con el brillo del planeta, regresó. Los animales salieron de sus escondites sin temor. Su piel blanca y transparente dejaba ver las carreteras de sangre recorrer su cuerpo. De la montaña comenzaron a brotar luces de colores. La nieve comenzó a gatear en el paisaje. La voz de Groenco Serafín se escuchaba cada vez más, pronunciando constantemente:

–¡MO, MO, MO!

Llegaba por primera vez la Navidad a ese lugar y con ella mi mamá abrazando al gigante que en pocos minutos se transformó en un pequeño bebé, de llanto tan fuerte que hizo desaparecer el planeta.



Serafín, mi hermano fantasma

Son muchas las cosas que uno tiene que hacer mientras espera la llegada del hermano fantasma.

Voy a hablarles de mí, mientras tanto.

Mi nombre es Anya (niña traviesa), como me llama mi mamá. Tengo el cabello largo y achocolatado y una cara en forma de luna con pecas. Llevo puesto mi mejor vestido, el de las flores rosadas pálidas con el sombrero blanco de mi bisabuela Zara. Este es el piso de mi cuarto en el que estoy tirada como un perro feliz. Son las tres de la tarde. Miro cómo las cucarachas y las chiripas caminan a toda velocidad sobre mi bloc de dibujo, por lo que no puedo levantarlo hasta que se retiren; tienen una conversación interesante, por eso no las puedo interrumpir (hablarán tal vez del último insecticida fulminante que llegó a los supermercados). Los adultos dicen que hay que esperar que los otros terminen de hablar para dirigirnos a ellos, en este caso son animales, y tienen el mismo derecho.

Cuando se alejen, seguiré coloreando las imágenes de la noche anterior con otros creyones y lápices. Algo raro pasa,



las ropas de los personajes fueron cambiadas. ¡Qué extraño! Posiblemente los animales que tanto recorren mi obra de arte han colaborado conmigo, aunque tengo la corazonada de que fue Serafín quien entró como siempre a cambiar mis dibujos. Serafín es mi hermano menor. Es del tamaño de un piojo, rápido como un ratón y le encanta entrar a mi cuarto. Dice que se divierte cuando enciende mi televisor porque siempre hay conciertos de joropo, de *rock*, de *jazz*, obras de teatro y danzas folclóricas, y mi muñeca Narbis baila sin descanso. Mi mamá dice que soy reservada con mis cosas, lo que pasa es que ella no conoce a Serafín. Hace dos semanas, mi hermano fantasma colocó una iguana en mi biblioteca, esa noche grité tan fuerte que desperté a todos los vecinos. No les tengo miedo a esos animales, son inofensivos, pero deben estar en los árboles. Tampoco puedo olvidar cuando me lanzó el gran peluche de mi bisabuela Zara. Si mi hermano Serafín no fuera tan raro, lo invitaría a disfrutar conmigo los nuevos dibujos para los personajes de la obra de teatro que tengo en mente para el día de su llegada verdadera; pero no, se pondría fastidioso y los actores no saldrían al escenario. “Ese muchacho es muy tremendo”, así dicen por ahí, creo que ellos sí lo conocen. Me gustaría colocarle algo en su cuarto para que le dé miedo y deje de molestarme, pero él no le teme a nada.

Le pondré candado a la puerta, aunque como él es un fantasma igual entrará. Ellos siempre tienen facilidad de penetrar todos los lugares. Es hora de soltarle la lengua a mi mamá. Ella, además de mi madre, es mi confidente, pero en estos últimos días de su embarazo de mentira ha estado muy curiosa por saber qué es lo que tanto hago encerrada.

Mi mamá se volverá a casar, y de seguro tendrá un varón y se llamará Serafín. Mientras tanto su fantasma me acompaña en todos los escritos.





Heóes y heroínas del nuevo planeta

Estoy a la espera del Akovión, el transporte volador que me llevará a Wansur, el planeta blanco. Allí todo es fresco y sano. A ese planeta no le da fiebre como a la Tierra porque sus árboles lo cobijan y el sol le inyecta vitaminas. Hace muchos años ir a esos lugares era imposible. Ahora todo ha cambiado. Cuando se habló del viaje a la Luna, nadie lo creyó, después, comenzaron a visitarlo como lo hacen con Júpiter, Venus, Plutón.

Mi bisabuela Zara dice que los adultos se ponían serios cuando los niños se sentaban a jugar ante sus máquinas, esos cajones grandes que llamaban computadoras. Ahora los grandes toman a escondidas los controles remotos para leer nuestras comunicaciones interplanetarias. ¡Estar en contacto

con los universos es tan divertido!, como cuando lo hacíamos únicamente con África, Europa, América, Asia.

También cuenta mi bisabuela que en esos años debíamos hacer la voluntad de los mayores. ¡Hoy, todos dependen casi totalmente de nuestras decisiones! Ahora somos héroes y heroínas. Tenemos mucho que contar y soñar. Todos quieren escribirnos y se han vuelto niños y niñas también con nuestros escritos.

En la Tierra dejamos los cuentos reales, de gigantes produciendo ruidos espantosos, de fantasmas rojos incendiando los bosques, sombras devoradoras de ríos y mares, estatuas de cemento asfixiando las ciudades, dejándolas sin aliento.

Wansur, el planeta blanco, es grande y brillante, no existen fantasmas; todos se han transformado en personas como nosotros. Es un lugar con rico olor a chocolate, casas rodeadas de árboles de mamón, mango, guayaba y flores de araguaney. Animales de todos los colores y tamaños pasean entre la gente. Las aguas azules de los mares de Wansur dibujan los paisajes que a lo mejor algún día tendremos en la Tierra.

¡Ya estoy llegando! Es la segunda visita que le hago a este planeta. Guardaré mis escritos en la gaveta para cuando sea grande poder contarlos a los niños y las niñas de ese tiempo, como lo hace con agrado, hoy, conmigo, mi bisabuela Zara.





Índice

La ciudad anaranjada	11
Mi bisabuela Zara	13
Elmetrio, el globo con patas	17
Anya, tras la pista de padres ausentes	21
Klim, el zapatero	25
Groenco, el gigante	29
Serafín, mi hermano fantasma	33
Héroes y heroínas del nuevo planeta	37

EDICIÓN DIGITAL
NOVIEMBRE DE 2017
CARACAS · VENEZUELA

Anya y sus historias de fantasmas

Anya vive —al menos ella cree eso firmemente— en un mundo muy particular y sabroso. Desde su imaginación salen, como ases de luz, historias que no son más que su propia vida. En los días de la pequeña Anya hay mucho chocolate a la sombra de los árboles, hay mandarinas mágicas donde habitan seres dulces y amelcochados. En fin, la vida de Anya está llena de fantasías. En sus ocho pequeñas historias vibra un mundo de fantasmillas inquietos, de ciudades-mandarinas, de zapateros enamorados. Para Anya el mundo se despliega en la panzota del globo Elmetrio y en la sonrisa burlona de la bisabuela Zara.

Gladys Urbina (Río Chico)

Locutora, cantautora, actriz, poeta y narradora. Ha publicado: *Gonko y la casa hindú* (2008), *Poemas de marzo* (2011) y *En los ojos de mi vaca* (2014), con el cual ganó el XVI concurso de literatura infantil Miguel Vicente Pata Caliente en 2008. Es autora de la muestra musical infantil denominada *Entre gatos* (siete temas musicales de su autoría) y conductora del programa radial *Niños y niñas en fiesta* en la radio comunitaria Macarao 100.3 FM. Es ecologista y una firme defensora de la fauna silvestre y doméstica.

Anthony Fernández (Caracas, 1990)

Estudió Diseño Integral en la Universidad Nacional Experimental de Yaracuy (UNEY). Se ha destacado en los ámbitos del diseño editorial y la ilustración. Entre sus trabajos como ilustrador figuran: el clásico *Las mil y una noches* (2012), *Mr. Boland* de Salvador Garmendia (2014) y *La gata, el espejo y yo* de Nelson Himiob Alvarenga (2015).



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura



1817 - 2017
ZAMORA
UNIÓN CÍVICO MILITAR